

# SODALITIUM

Anno IX - Semestre I n. 1 - Marzo 1992

N. 29

Artículo extraído de la revista italiana: **Sodalitium**, nº 29. Título original: *Ottava puntata: Patriarca di Venezia (1953-1958), il pensiero religioso. "IL PAPA DEL CONCILIO"* Autor: P. Francesco Ricossa. Fecha: **marzo de 1992**. Traducido al español. Página web: [www.sodalitium.it](http://www.sodalitium.it) - email: [info@sodalitium.it](mailto:info@sodalitium.it)

*Octavo episodio: Patriarca de Venecia (1953-1958). El pensamiento religioso.*

## **“EL PAPA DEL CONCILIO”**

*por el P. Francesco Ricossa*



*El Card. Roncalli, Patriarca de Venecia*

*“El Card. Roncalli salió de París el 23 de febrero [de 1953] con destino a Roma, donde prestó juramento al Senador Einaudi, Presidente de la República, de respetar la Constitución que el Gobierno italiano exige a todos los preladados que toman posesión de una diócesis nacional”* <sup>(1)</sup>. A continuación, el 26 de febrero, mantuvo *“una prolongada conversación con monseñor Montini, a quien”* confió *“una nota para el Papa que no podía recibirle a causa de su mal estado de salud”* <sup>(2)</sup>. Precisamente a causa de esta enfermedad de Pío XII, Roncalli no recibió el galero [sombbrero cardenalicio de color rojo – nota del traductor, en adelante ndt] en aquella ocasión, sino en octubre del mismo año, tomando también el título cardenalicio de Santa Prisca del Aventino. Pasó después por Bérgamo, Sotto il Monte y Praglia, antes de hacer su entrada solemne en la diócesis veneciana el 15 de marzo.

## **Un discurso programático**

La homilía que el Patriarca pronunció aquel día en la basílica de San Marco no fue un discurso de circunstancias. El tema: el hombre, el sacerdote, el pastor. Se presentó “humildemente”: “con la gracia de una buena salud física, con un poco de sentido común que me hace ver las cosas con rapidez y claridad; con **una disposición al amor de los hombres que me mantiene fiel a la ley del Evangelio, respetuoso de los derechos propios y ajenos, y me impide hacer daño a nadie: me anima a hacer el bien a todos** [nota: es por el amor de los hombres por lo que dice que es fiel al Evangelio y no al revés, como sería natural – nota del editor]. Vengo de la humildad y fui educado en una pobreza alegre y bendita, que tiene pocas exigencias y que protege el florecimiento de las más nobles y elevadas virtudes, y prepara para las elevadas ascensiones de la vida” <sup>(3)</sup>.

Después de esta “humilde” presentación, Angelo Giuseppe Roncalli expuso a los venecianos lo que se convertiría en uno de sus “lemas” favoritos, la esencia de su experiencia pasada, el principio rector de sus acciones futuras: La Providencia —dijo— me sacó de mi aldea natal y me hizo recorrer los caminos del mundo en Oriente y Occidente, **poniéndome en contacto con personas de diferentes religiones e ideologías**, en contacto con problemas sociales, tanto punzantes como amenazadores, y preservando para mí la calma y el equilibrio de la indagación, de la apreciación: **siempre preocupado**, salvo la firmeza de los principios del credo y la moral católicos, **más de lo que une que de lo que separa y suscita contrastes”** <sup>(3)</sup>.

A buen entendedor pocas palabras bastan: el nuevo Patriarca será un ecumenista, en el sentido que explicaba el barón Marsaudon (4).

## Lo que une y no lo que divide

Ya en 1937, recordemos, el Obispo Roncalli utilizaría esta expresión con el representante del gobierno turco, Numan Rifat Menengioglu: “Soy optimista. Trato en todo de desarrollar lo que une más que lo que divide” (5). Se trata, pues, para Mons. Roncalli, de una frase emblemática, de un principio inspirador.

Como otras similares (6), la expresión de Roncalli hizo fortuna y se convirtió en proverbial. Pablo VI, en su primera encíclica *Ecclesiam suam*, consagrado al diálogo, escribía: “Hagamos nuestro el principio: destaque-mos ante todo lo que nos es común, antes de señalar lo que nos separa” (7). De hecho, este “principio” roncallo-montiniano se encuentra en el reglamento del Seminario San Pío X de Ecône, ¡escrito por Mons. Lefebvre! (8).

Por otra parte, ¿para qué molestarse? ¿No se trata de una inocente regla de buena convivencia, cortesía, afabilidad y caridad?

No es ésta la opinión de la Iglesia. Abramos el *Acta Apostolicæ Sedis*, (42 [1950] 142-147) y leamos la instrucción del Santo Oficio sobre el movimiento ecuménico (9) del 20-22 de diciembre de 1949: “Velarán también [los obispos] para que, **bajo el falso pretexto de que debemos considerar más lo que nos une que lo que nos separa**, no se fomente un peligroso indiferentismo”. El contexto es el mismo: las relaciones ecuménicas. Las palabras son las mismas: lo que une más que lo que separa. El juicio es opuesto: la sentencia roncalliana, que para Pablo VI es un “**principio**”, para el Santo Oficio es un “**falso pretexto**”. Y el cardenal Roncalli, dice, “se preocupa siempre” de defender un principio que el Santo Oficio, poco más de tres años antes, ¡había condenado como un “falso pretexto” para fomentar la indiferencia religiosa!

La razón intrínseca para condenar el principio de Roncalli se explica rápidamente. Se aplica “a personas de religiones e ideologías diferentes”. Religiones diferentes: infieles, herejes, cismáticos. Diferentes ideologías: por tanto, ateos o agnósticos, masones, comunistas, etc.

¿Con ellos debemos considerar más lo que une que lo que separa? ¿Qué nos separa? Fe diferente. ¿Qué nos une? Razones puramente naturales. Es aberrante considerar **más** los valores puramente naturales que los sobrenaturales. Llevado a sus últimas consecuencias, el principio roncalliano es

claramente erróneo. De hecho, algo en común une a todas las criaturas; incluso con el diablo, por ejemplo, tenemos algo en común que nos une (ser criaturas de Dios), y algo que nos separa y da lugar a conflictos (ser enemigos de Dios). ¿Cuál de los dos factores debe tenerse **más** en cuenta? Con razón, pues, el Santo Oficio califica de “falso pretexto” el principio sostenido por Roncalli. Se objetará que éste precisa: “salvo la firmeza a los principios de la creencia y de la moral católicas”. Pero esta cláusula, no recordada más tarde, no borra la seriedad de la declaración. En efecto, lo que divide son precisamente los principios del credo católico y de la moral.

Si se mantiene la “firmeza de los principios del credo católico”, lo que separa es más importante que lo que une, y el principio roncalliano cae en la nada.

Si, por el contrario, el principio roncalliano es válido, “la firmeza de los principios del credo y de la moral católica” no se salva, porque pasa a un segundo plano... Esta cláusula jugó, por tanto, el mismo papel que el que utilizó el Concilio Vaticano II para promulgar la libertad religiosa, es decir, declarar que no cambiaba propiamente la doctrina tradicional cuando en realidad la revolucionó. En ambos casos se trataba de endulzar la pastilla para que fuera más fácil de tragar.

Por último, cabe señalar que la “firmeza de los principios del credo católico” y el principio de “mirar más a lo que une que a lo que divide” aplicado a los no católicos son incompatibles... salvo en el sistema masónico. En este sistema, como escribe el Gran Maestro Di Bernardo, la **tolerancia** es la piedra angular. Es “una actitud que, al tiempo que rechaza por principio una manera de pensar considerada errónea [aquí se trata de la “firmeza de los principios del credo católico”, en Roncalli – nota del autor, en adelante nda] la deja existir por respeto a la libertad de los demás [aquí está el “mirar más a lo que une” – nda].» <sup>(10)</sup>

El masón “no es indiferente a otras formas de pensar; la masonería no es todo y lo contrario de todo”, porque “por su propia naturaleza, no es exclusivista ni pluralista” <sup>(10)</sup>. En este sentido, el discurso del Card. Roncalli puede definirse como “masónico” independientemente de su supuesta iniciación en las logias <sup>(11)</sup>.

## Los “pecados” de la Iglesia

Abierto a los “otros” (otras religiones, otras ideologías) el Patriarca lo estaba en religión y en política. En religión, con el ecumenismo; en política, con la “apertura a la izquierda”. Puesto que el tema del próximo artículo

será la acción política del Cardenal, dediquemos el presente a la acción ecuménica.

No es nada nuevo: ecumenista lo era desde los años veinte. Venecia, “puerta de Oriente”, es el pretexto de muchas de las declaraciones ecuménicas de Roncalli; en realidad, la historia de la Serenísima no es muy ecuménica, desde las cruzadas hasta la victoria de Lepanto... Pero no son éstos los temas que le fascinan; su programa es muy distinto.

«Roncalli deseaba que ‘este espléndido movimiento hacia la unidad de los cristianos’ tuviera el lugar que le corresponde en la enseñanza, la predicación y la catequesis católicas. Para ello retomó una idea que le inspiró en 1926 Dom Lambert Beauduin <sup>(11)</sup>. Beauduin proponía la creación de un movimiento ecuménico organizado en la Iglesia, siguiendo el modelo de Propaganda Fide, la congregación misionera. Implica una forma de trabajar a dos niveles: un movimiento de amplia base en las iglesias locales para sensibilizar a los católicos sobre los problemas; y una oficina romana dentro de la Curia para coordinar y mantener la causa ecuménica en la agenda de las preocupaciones romanas. **En embrión está la idea de un secretariado para la unidad de los cristianos**» <sup>(13)</sup>.

Sus ideas fueron expuestas en numerosas conferencias.

Con ocasión de la semana de oración por la unión de los cristianos (18, 20, 23 de enero) habló sobre el tema: “La Iglesia católica y los cristianos separados de Oriente” <sup>(14)</sup>.

Durante estas conferencias en la sala de San Basso en Venecia, «como siempre, subrayó ‘más lo que une que lo que divide’. Y sus amplios puntos de vista incomodaban a sus oyentes. Pero insistió: ‘El camino hacia la unión de las diversas Iglesias es la caridad, **tan poco observada por ambas partes**’».

“Continuó insistiendo en la necesidad de estudiar el verdadero pensamiento cristiano, en el que se encontrarían tantos puntos de contacto. La última noche concluyó con una cita de José que gritó exultante a sus hermanos que le habían traicionado: ‘¡Yo soy José, vuestro hermano!’ — y añadió: Mi corazón es tan grande que une con el deseo a todos los hombres del mundo en un solo abrazo. Se dice que, al oír estas palabras, los presentes en la sala enmudecieron» <sup>(15)</sup>. El pueblo aún no había vivido 30 años de revolución conciliar.

Tres años más tarde, el 18 de septiembre de 1957, “Roncalli fue invitado a dar una conferencia para la séptima semana de estudios sobre el Oriente cristiano, que tuvo lugar en Palermo, Sicilia” <sup>(16)</sup>.

En la diócesis de Card. Ruffini, fiel a la Tradición, no pudo actuar tan bien como en Venecia. Sin embargo, no pudo evitar decir algo malicioso: **“¿La responsabilidad de la ruptura es toda de nuestros hermanos separados? En parte es de ellos, pero en gran parte es nuestra”** <sup>(13)</sup>. Nuestra, es decir, de la Iglesia católica y de su entonces Papa San León IX. Ahora bien, Pío IX condenó la tesis de que fueron las acciones arbitrarias de los papas las que causaron el cisma (Carta *Ad Apostolice*, 22-8-1851; *Syllabus* 8-12-1864 prop. 38, Ds 2938).

Fue Roncalli, por tanto, quien inauguró la inaudita costumbre de pedir perdón por los supuestos errores de la Iglesia (la Iglesia del pasado, evidentemente), que con el Concilio Vaticano II y el postconcilio se convertiría en norma cotidiana. ¿A qué enemigo de la Iglesia aún no se le ha pedido perdón? Escuchándoles, se diría que toda la historia de la Iglesia no ha sido más que una sucesión de errores e injusticias, incompatibles con su santidad e indefectibilidad. Por supuesto, los errores son todos de la Iglesia del pasado, por los que Roncalli y sucesores recitan el “*mea culpa*” golpeándose el pecho.

Por lo tanto, habiendo echado la culpa del pasado principalmente a la Iglesia (“en su mayor parte”) y no a los cismáticos, Roncalli podría señalar “en el reconocimiento moderno de los estudios patristicos” <sup>(14)</sup> el camino de la reconciliación futura.

El lector ya sabe de qué reconocimiento se trata: el de la escuela de De Lubac, que utilizó la patristica como pretexto para “saltar el desierto de la escolástica” <sup>(17)</sup>, siguiendo el mito del retorno a las fuentes, propio de todos los herejes.

## **De Maria satis**

“El ‘amor’ sin límites y un tanto melancólico de nuestro Patriarca por los “hermanos separados” y por “todos los pueblos del mundo” se vuelve un tanto tibio cuando se trata de Nuestra Señora. ¡Dios mío, podría comprometerse la causa ecuménica si se alaba demasiado a la Madre de Dios!

Ya hemos visto su perplejidad ante la proclamación del dogma de la Asunción (1950) durante su estancia en París <sup>(19)</sup>. Ahora bien, Roncalli es reincidente. El modernista Hebblethwaite escribe: «Como la mayoría de los mariólogos bajo el pontificado de Pío XII, opina sin embargo que no puede haber excesos en las buenas obras y que ‘*de Maria numquam satis*’ (de María nunca se dice bastante, para honrarla). Se buscan para ella nuevos títulos, incluso extravagantes. Roncalli se niega cortésmente a firmar una petición

para el establecimiento de una nueva fiesta, la *Regalitas Mariae*, la Realeza de María: «Estimado secretariado del piadoso movimiento internacional ‘*Pro regalitate Mariae*’ [...]. Os pido encarecidamente que disculpéis mi silencio, que hasta ahora significa notable irresolución de mi espíritu, por temor a un grave perjuicio sobre la eficacia apostólica empleada para restablecer la unidad de la Santa Iglesia católica en el mundo. Jesús moribundo dijo a Juan: He aquí a tu madre. Esto es suficiente para la fe y la liturgia [...]. El resto puede ser, y es en gran medida, edificante y, para muchas almas devotas y piadosas, conmovedor: pero para muchas, muchas otras, también inclinadas hacia la Iglesia católica, irritante y —como se dice ahora— contraproducente [...]. Mientras tanto, me conformo con decir: *Salve Regina mater misericordiae*.» (ALBERIGO, pág. 489, carta del 22-4-1954, retomada en “*Gran Sacerdote*”, págs. 178-179).

Sin embargo, añada prudentemente que, si “la autoridad suprema de la Santa Iglesia” decidiera al respecto, él sería de los primeros en querer celebrarlo. El añadido está lleno de “prudencia”, ya que seis meses después aparece la encíclica *Ad Coeli Reginam*, que establece la fiesta de la realeza de María, fijada para el 30 de mayo. Sin embargo, recordemos la objeción de principios de Roncalli. Y es bastante excepcional ver a un prelado italiano expresar algunas reservas, justificándolas con motivos ecuménicos, sobre una nueva fiesta mariana. La Mariología roncalliana tiene límites y el terreno está preparado para «la sana y sobria Mariología del Concilio» (20).

De Maria satis: de María se ha hablado demasiado..., aquí está la “sana y sobria Mariología del Concilio”.

## **Habría seguido siendo un buen musulmán**

Si éste era el ecumenismo de Roncalli en la vida pública, ¿cuál debería haber sido en la vida privada? En público era “hábil en poner buen vino en odres viejos” (13), pero en privado, tal vez con el camarero, debía ser aún más explícito. De hecho... Guido Gusso era el ayuda de cámara personal del Patriarca de Venecia. Cuando Roncalli fue a Roma para el cónclave, lo acompañaron únicamente el secretario (mons. Capovilla) y Gusso (21).

Entrevistado por Renzo Allegri, Guido Gusso declaró:

«Fui educado según una rígida tradición católica. En aquel entonces se enseñaba que era pecado hablar con un protestante o un judío. Aunque hoy algo así te haga sonreír, entonces era importante, severo. No deberías tener nada en común con “estos infieles”. Cuando me di cuenta de que el cardenal invitaba a su mesa a protestantes, judíos y

musulmanes, sin distinción alguna, quedé asombrado. Él se dio cuenta de esto y, sonriendo, me explicó que todos los hombres eran hijos de Dios, independientemente de la religión que profesaran. Sólo era importante ser honesto y fiel a la propia conciencia y, por tanto, a la propia fe.

También hubo otras personas en Venecia que se escandalizaron y criticaron las acciones del cardenal. Sufrió por ello, pero nunca cambió su forma de actuar. Un día, como para explicar su conducta, me dijo: ‘Si hubiera nacido musulmán, creo que siempre habría sido un buen musulmán, fiel a mi religión’» (22).

Si Guido Gusso no miente, Angelo Giuseppe Roncalli profesó abiertamente la herejía de la indiferencia religiosa y, lo que es no menos importante, hizo perder la Fe a las almas sencillas.



*El patriarca Roncalli conversa con un atleta de la regata histórica*

## **Los cristianos anónimos**

Por tanto, la visión ecuménica del Patriarca no se limitaba a los “ortodoxos” o a los protestantes: un musulmán era tan agradable a Dios como un cristiano. Pero hay más. Sabemos que el jesuita Karl Rahner inventó la teoría de los “cristianos anónimos”, es decir, de las personas que no se llaman cristianos, que no creen en Cristo, pero que serían igualmente “cristianos”.

Escuchemos lo que dijo Mons. Roncalli en el ayuntamiento de Venecia, con ocasión de su primer encuentro con el Consejo de la ciudad:

«Estoy feliz de encontrarme entre personas activas, porque solo aquellos que trabajan por una buena causa son auténticos cristianos. La única manera de ser cristiano es ser bueno. Por eso me alegro de estar aquí, aunque **haya entre vosotros algunos que no se llamen cristianos, pero que pueden ser reconocidos como tales por sus buenas obras**» (23).

Un cristiano, por lo tanto, es alguien que hace buenas obras (incluso si no cree). Un cristiano no es una persona que no es buena (aunque esté bautizado y sea creyente). El cristianismo, en el pensamiento de Roncalli, se reduce así a la pura ética natural; se confunden las buenas obras naturales con las sobrenaturales; la fe se vuelve superflua. Comenta, regodeándose, Hebblethwaite: «Así que Roncalli no tiene nada que aprender sobre estos ‘cristianos sin nombre’, como los llamará más tarde Karl Rahner: toda buena obra depende de la gracia de Cristo, aunque no se le reconozca explícitamente como tal. En la práctica, esto implica el respeto a todos los involucrados en la acción política.» (23)

Las últimas palabras de Hebblethwaite se refieren a los políticos del campo laico y, más aún, del campo marxista. Son, de hecho, los “cristianos anónimos” a los que se dirigía Roncalli, que hablaban, no lo olvidemos, al ayuntamiento de Venecia, compuesto por políticos de todos los partidos.

Introducimos así, con esta consideración, el tema del próximo número: la acción política a favor de la "apertura a la izquierda" llevada a cabo en Venecia por el Arzobispo Roncalli, en sintonía con el arzobispo Montini, quien fue el principal defensor eclesiástico de esta apertura, primero en el Vaticano y luego en Milán.

## Notas

(1) ALDEN HATCH, *Giovanni XXIII*, 2ª ed. Mursia, Milán, pág. 143.

(2) HEBBLETHWAITE, *Giovanni XXIII, Papa del Concilio*. Rusconi 1989, pág. 333.

(3) HEBBLETHWAITE, op. cit. cit., págs. 336-337, que cita de *Scritti e Discorsi del Card. Angelo G. Roncalli*, Ediciones Paoline, Roma 1959-1963, pp. 207-210.

(4) YVES MARSAUDON, *L'Œcumenisme vu par un Franc-Maçon de Tradition*, ed. Vitiano París 1965, cfr. ‘Sodalitium n° 27 págs. 21-22.

(5) PAOLO TANZELLA s.c.j. *Papa Giovanni*, Ed. Dehoniane Andria 1973, pág. 132.

(6) Por ejemplo: “Yo soy tu hermano José”, “Aggiornamento”, “hombres de buena voluntad” (para designar a los ateos), “la Iglesia no es un museo”, “los signos de los tiempos”, etc.

(7) 6 de agosto de 1964, en *Tutte le encicliche dei Sommi Pontefici*”, ed. Dall’Oglio, pág. 1718.

(8) “Ils considéreront toujours plus ce qui les unit que ce qui les sépare”. *Reglement des Seminaires Saint Pie X*. Directoire, n° 10, pág. 4.

(9) Hay que señalar que la Instrucción del Santo Oficio “De motione œcumenica” (de 1949) se considera “un primer estímulo, reservado y prudente, en favor de la búsqueda de la unidad de los cristianos (...), a pesar de sus reservas, este texto pareció positivo al padre Congar” (JEAN CHÉLINI, *L’Eglise sous Pie XII*, Fayard 1989, vol. II II pág. 106).

Esto era tanto más sorprendente cuanto que un documento del Santo Oficio del año anterior era mucho más estricto al respecto. “El ‘ablandamiento’, que tuvo lugar en sólo un año, se atribuye a la influencia del padre Agostino Bea s.j., que entretanto había entrado en el Santo Oficio (Cfr. STJEPAN SCHMID, *Agostino Bea, il cardinale dell’unità*, Città Nuova 1987, pág. 252).

Naturalmente, la instrucción del Santo Oficio entra dentro del Magisterio de Pío XII y es, por tanto, conforme a la sana doctrina. Prueba de ello es la condena del “falso pretexto” de Roncalli.

(10) Cf. *La filosofia della massoneria*, Don Curzio Nitoglia, en “Sodalitium” n° 24 págs. 3-8.

(11) Y los masones, sin saberlo, son hoy casi todos, encontrando evidentes los principios de tolerancia y pluralismo antaño prerrogativa de las logias.

(12) Sobre Beauduin ver: “Sodalitium” n° 25 págs. 23-27; y n° 28 pág. 20.

(13) HEBBLETHWAITE, op. cit., pág. 374.

(14) HEBBLETHWAITE, op. cit., pág. 373.

(15) TANZELLA, op. cit., pág. 213; HATCH, op. cit., pág. 163.

(16) HEBBLETHWAITE, op. cit., pág. 372.

(17) Afirmación de Pedro Hentici, de la Universidad Gregoriana, citado por CLAUDIO ALTARocca en “*Un teologo innamorato. Balthasar e la mistica Adrienne*”, en “La Stampa”, 20-10-1991, pág. 18.

(18) Sobre la aversión sentida por los herejes contra la teología y la filosofía escolásticas cf. Pío IX, Syllabus, 8-12-1864, prop. 13.

S. Pío X, Enc. “*Pascendi*”, 8-9-1907.

Pío XII, Enc. “*Humani Generis*”, 12-8-1950, DS 3894.

(19) “Sodalitium”, n° 27, págs. 21-22.

(20) HEBBLETHWAITE, op. cit., pág. 352.

(21) HEBBLETHWAITE, op. cit., págs. 340 y 385.

(22) ALLEGRI, *Il Papa che ha cambiato il mondo*, Reverdito editore 1988, pág. 120. No siempre, pero si hay peligro para la Fe, “es pecado hablar con un protestante o un judío”. Para darse cuenta de ello, basta con leer a San Juan Apóstol: “Si alguno viene a vosotros y no tiene esta doctrina, no le recibáis en vuestra casa ni le saludéis. Porque el que le saluda participa de sus malas obras” (II Juan 10, y 11).

(23) HEBBLETHWAITE, op. cit. pág. 345.

(24) Ya hemos hablado de De Gasperi en “Sodalitium” n° 27, pág. 20.